

En el siglo XIX la lucha revolucionaria sacudió a toda América. La Banda Oriental fue el escenario de la guerra entre el pueblo acudido por Artigas y sus montoneras de gauchos, indios, y negros, por un lado, contra los dueños de campos, ganados, y saladeros aliados el imperio de turno, ya fuera el español, portugués o inglés, por el otro.

Las energías y sangre patriotas se gastaron ante la traición constante de los vendepatrias, los dueños del poder económico y político. Entre las filas de eso "tupamaros", al decir de los oligarcas, estaban los cristianos comprometidos, representados en los curas rebeldes que enfrentando excomuniones y demás sanciones eclesiásticas y civiles, entraron de lleno a pelear por la causa del pueblo.

Las clases ricas se habían apoderado del Cristo que ellas mismas habían asesinado. Ahora Cristo tomaba nuevamente el partido de los pobres, de los que no tenían voz y tampoco tenían el poder. Siguiendo a Cristo los curas participan activamente en las tareas revolucionarias, junto con los otros hombres, sin hacer reparos que fueran cristianos o enciclopedistas. Descubrieron al Dios que predicaban, presente entre los oprimidos que sacudían el yugo.

La iglesia revolucionaria estuvo en las victorias y derrotas, fue perseguida y muerta, contribuyó a buscar una Patria para todos y también quedó postergada con su pueblo por la traición de los comerciantes y latifundistas.

Así tenemos al fraile Monterroso secretario de Artigas, que tanto escribía una carta o se entreveraba en el campo de batalla; el cura Amenedo que propagandaba y agitaba la revolución, y juntaba donativos y materiales para volcarlos en el ejército revolucionario; "váyanse con sus amigos los gauchos" fue lo que les dijeron a los franciscanos al ser expulsados de Montevideo por conspirar contra el poder español.

En los 150 años que siguieron poco ha cambiado la situación. Los pobres son más pobres y los ricos más ricos. Los dueños del poder lo tienen aún y lo ejercen. La riqueza y la prosperidad se ha hecho para banqueros y latifundistas, industriales y ganaderos; para ellos son los lujosos balnearios, las casas confortables, la buena alimentación, educación y salud de sus hijos. Porque de ellos es el país, la vida y los bienes del resto de los orientales. Son los vendepatrias de ayer. Para el pueblo queda el hambre, la desocupación, porvenir incierto para los jóvenes y la familia, y cuando se protesta el pueblo tiene palo, tortura, cárcel y muerte. Es el pueblo oriental oprimido de ayer, y de él salen los patriotas de hoy, los de la segunda y definitiva independencia.

La lucha popular ha cobrado fuerza en los últimos años. Uno de los frentes el MLN Tupamaros. El MLN se ha convertido en una opción de poder revolucionario porque recoge las banderas de los que murieron sin ver la patria libre; porque su contenido es nacional; porque su lenguaje es popular, porque ha considerado siempre que las tareas concretas unen a los hombres, los convierten en sujetos de su liberación. A sus filas se han incorporado sectores que eran decorativos en la sociedad como ser la mujer, que actúa en pie de igualdad con el hombre. También están presentes, como ayer, muchos cristianos que han visto en los "tupos" una forma concreta y eficaz de luchar por la liberación de sus hermanos.

El MLN tiene su línea de acción, pero ésta no es rígida, no fuera la realidad para encasillarla en un esquema teórico, el método armado se va adecuando a cada situación, la línea de los tupamaros se conforma y enriquece con el aporte de todos los compañeros y en este sentido los cristianos tienen su aporte que dar.

Ellos rescatan ese pasado histórico de la Iglesia oriental y latinoamericana que es el contenido más genuino del cristianismo, la fe que enjuició al Imperio en los circos romanos, la misma fe que impulsó a los curas artiguistas a empuñar sus lanzas, hoy esa fe pasa por la política, porque la política es el instrumento que cambiará las estructuras y la política de los oprimidos son las armas, usadas con organización y conciencia de clase.

El cristiano tupamaro sabe que cumple aquello que es el mensaje revolucionario del evangelio: DAR LA VIDA POR LOS HERMANOS, Y tenemos el testimonio de muchos compañeros cristianos que han compartido las consecuencias de todo revolucionario: persecución, tortura, cárcel, y muerte. Consecuente con esto caía en noviembre de 1969, en un enfrentamiento entre tupamaros y policías, Indalecio Olivera, sacerdote que dejó su vida por los oprimidos, conciente y organizadamente. Mostraba así el camino de liberación que Cristo pagó con su muerte, para Cristo el precio fue la cruz, para Indalecio la bala.

El movimiento tupamaro ha roto los esquemas de la izquierda tradicional y la demagogia de los viejos partidos. Este cambio se produjo no con manifestos y documentos, sino con la praxis revolucionaria. Se ha creado una nueva síntesis política y cultural. Política porque ha sintetizado el socialismo y el nacionalismo, lo político y lo militar; cultural porque la alta tecnificación y su análisis científico no deshumanizan a sus militantes, porque ha desarrollado su propio humanismo y una nueva mentalidad. Una muestra de ello es que todo tupamaro es creyente, cree en el hombre, cree en la liberación nacional, cree en la victoria final. El cristiano desde su fe, y no desde su religión, aporta la firmeza y certeza de toda esperanza, el sentido de todo idealismo, la solidez de toda hermandad, la cuestionabilidad permanente de toda estructura del pensar y del hacer. A su vez la organización señala donde está el pueblo con el que la Iglesia debe comprometerse y cuales son las condiciones para este compromiso: cambio de mentalidad, proletarización de la Iglesia, conciencia de la lucha de clases dentro de la Iglesia, aporta la exigencia de una teología abierta a nuevas realidades que el cristiano vive, como son: la violencia revolucionaria y sus consecuencias.

En la lucha clandestina de los tupamaros, cristianos y no cristianos van creando el hombre nuevo.

Grupo de cristianos uruguayos.